



## Lengua materna<sup>1</sup>

Gian Luigi Beccaria<sup>2</sup>

Recibido: 19 de enero de 2016 / Aceptado: 15 de febrero de 2016

### [en] Mother tongue

**Come citare:** Beccaria, G. L. (2016): «Lengua materna», *Cuadernos de Filología Italiana*, 23, pp. 277-288.

Nadie hubiera podido prever hace pocos siglos la actual expansión del inglés, si pensamos que en el siglo XV los ingleses eran pocos millones, y que en el XVI su lengua ni siquiera se mencionaba entre las que realmente contaban. Hay un personaje en *La cena de las cenizas*, de Giordano Bruno, llamado Teófilo, que en un determinado momento observa que los nobles ingleses hablan latín, francés, español e italiano «sapendo che la lingua inglese non viene in uso se non dentro quest'isola». Ello significa que no se pueden hacer previsiones por lo que respecta a la fortuna de las lenguas. Sus destinos son cambiantes e imprevisibles. Basta pensar en la historia de la antigua Roma y en nuestra común cuna latina. ¿Quién podía imaginar que un pueblo de pastores y campesinos, que un grupo humano de un ámbito espacial tan reducido iba a fundar un imperio quince veces más grande que la actual Italia? Si se vuelve a los tiempos en los que al otro lado del Tíber se hablaba etrusco y en las colinas albanas resonaba el volsco – lengua que se sigue usando hasta el siglo III a. C. –, cuando el territorio en el que se hablaba latín ocupaba un área inferior a la del actual municipio de Roma, cuesta hacerse a la idea de la enorme expansión que el latín tendría a continuación.

Un amigo de Giordano Bruno, John Florio, profesor de lengua italiana en Londres, traductor y lexicógrafo en la Inglaterra isabelina, en su recopilación de diálogos italianos con traducción al inglés, titulada *First Fruits* (Londres, 1578), escribe en el capítulo 27: «[...] che vi pare di questa lingua inglese, ditemi di grazia», «È una lingua che vi farà bene in Inghilterra, ma passate Dover, la non val niente», «Dunque non è praticata fori in altri paesi?», «Signor no, con chi volete

<sup>1</sup> Conferencia pronunciada el 19 de octubre 2015 en la Universidad de Sevilla dentro del Programa de Doctorado en Estudios Filológicos. Le agradezco al profesor Manuel Carrera su amable invitación a Sevilla, y en particular la traducción de estas páginas al español, que proceden (y remiten a) mi artículo «Lingua madre», recogido en el vol. G. L. Beccaria; A. Graziosi, *Lingua madre. Italiano e inglese nel mondo globale*, Bologna, il Mulino, 2015, pp. 81-122.

<sup>2</sup> Università degli Studi di Torino.

che parlino?».

Así las cosas, ¿quién hubiera podido pronosticar su posterior y arrollador avance? Y ahora hablan inglés como lengua materna más de 350 millones de personas, aunque en todo el mundo (según una estimación prudente) pueden hablarlo más de mil millones, incluida China, donde casi 250 millones de personas lo estudian ya en la escuela y en las empresas, y lo mismo sucede entre las multitudes asiáticas desde la India a Paquistán. Las cifras son impresionantes. Poco menos de mil quinientos millones de personas hablan inglés como segunda lengua. En sesenta países del mundo el inglés es lengua oficial, y es lengua materna en Estados Unidos, Gran Bretaña, Canadá, Australia y Nueva Zelanda. Y es la lengua de internet. Con internet en todo el mundo se viaja en inglés. Los niños de la primaria en muchos países no anglófonos aprenden el inglés en clase y cantan canciones en esa lengua desde preescolar, donde ya siguen cursos al respecto. Desde Holanda a Lituania y desde Finlandia a Hungría lo hablan mejor que nosotros en Italia o España; en buena medida también porque en esos países se recurre menos al doblaje: un niño que ve *Merlín el encantador* en versión subtitulada tiene desde luego más opciones para aprender inglés que los nuestros.

La hegemonía lingüística en Europa, que fue del francés al menos hasta el siglo XVIII, y que había sido durante siglos y siglos del latín, hoy la ostenta el inglés, la lengua “vehicular”, la lengua de la tecnología y la ciencia. Como lengua científica ocupa una posición análoga a la del latín en la Edad Media. Funciona como lengua universal. Es una lengua cuyo conocimiento es indispensable. Siempre hemos tenido necesidad de un código instrumental, simplificado, «itinerante» y «mercantile» (así lo calificaba Ugo Foscolo). Siempre hemos sentido la necesidad de una lengua conocida por todas las personas cultas, como lo había sido el latín desde la Edad Media en las universidades europeas, la lengua indispensable para la comunicación científica. Una lengua, pues, de cultura y una lengua de servicio; me ha tocado usarla recientemente, durante un viaje en tren, cuando un japonés sentado a mi lado me preguntó en inglés qué tipo de árboles eran los chopos que flanqueaban la línea ferroviaria, y se declaró satisfecho cuando le dije que se trataba del *populus nigra*. Era un japonés culto, naturalmente, pero yo ignoraba la denominación inglesa.

Los motivos de una tan amplia y rápida expansión son conocidos. No dependen de que el inglés tenga una sintaxis más sencilla que otras lenguas, o de otras razones internas o estructurales. Desde luego, si el inglés tuviera casos o un complicado sistema de concordancia pronominal, o una estructura sintáctica compleja cabría preguntarse si su difusión hubiera sido tan arrolladora. Las verdaderas razones de su enorme difusión son esencialmente extralingüísticas. El inglés se ha convertido en la interlengua vencedora gracias a un indiscutible «prestigio» cultural y tecnológico, al que se ha añadido el prestigio del inglés de América que le ha hecho «da volano». La potencia económica de América ha crecido en paralelo con una América transformada en factoría y concentración del saber. Además, la lengua inglesa ya había tenido anteriormente algunas condiciones favorables para convertirse en lengua planetaria. El colonialismo del siglo XIX había sentado las bases de su actual difusión mundial. A partir del XIX Inglaterra tejió una red de relaciones mercantiles y de bases coloniales que, sumándose a su «multiplo statunitense» (Nencioni 2000), empezó poco a poco a crecer

vertiginosamente. El prestigio de la lengua volaba en alas de la economía, de las florecientes industrias, de las técnicas y de las ciencias. Circunstancia no irrelevante en esta difusión mundial ha sido también la del modelo de vida americano, que ha dado un fuerte impulso a esa lengua en todo el mundo. El cine americano lo ha impuesto, seguido por las telenovelas, las series televisivas y finalmente la música pop y rock. Una hegemonía y una colonización cultural semejantes carecen de precedentes.

El angloamericano ha iniciado su conquista desde posiciones enormemente aventajadas: a diferencia del italiano en el XVI o del francés en el XVII, se lanzó a la conquista del orbe no como una lengua humanística, sino compartimentada sectorialmente: lengua de la economía, de la banca, del marketing, de las cosas que se compran y venden, de la organización universitaria. Se han adoptado en todo el planeta palabras ya predefinidas, ya universalmente preparadas para su uso. Las nuevas orientaciones de la investigación en antropología cultural, antropología social, genética, neurociencia, bioética, o en arqueología industrial, arquitectura del paisaje, etc., insertan en el circuito mundial resultados de ciencias puras y aplicadas en su aspecto más esotérico, especializado, práctico, junto con una terminología específica. Pienso en el caso macroscópico del lenguaje de la informática, ámbito en el cual el angloamericano llega ya sectorialmente especializado, con su muy precisa función instrumental. O piénsese en la especialización en el mundo del espectáculo, sobre todo televisivo, o de la música: *fiction, format, long play, serial, show, showman, standing ovation*, etc., son hoy “mundialismos”.

Así pues, quien hoy no conozca bien el inglés está destinado a quedar excluido. Acabará ocurriendo que una minoría de pocos líderes muy capacitados, competentes y privilegiados guiarán a legiones de impreparados. En el lapso de una generación se constituirá un nuevo tipo de proletariado: el de los no anglófonos. Ya hoy en la gran realidad global el que no se defiende en inglés se siente excluido. Así las cosas, es de desear que en el ámbito educativo se exija un excelente nivel de conocimiento del inglés. El inglés debería considerarse un requisito inexcusable para el acceso a cualquier facultad universitaria, e incluso para cualquier trabajo cara al público.

Ello no impide que el inglés les parezca a los no nativos, cada vez más, una especie de no amada lengua “canibal”. No causa gran preocupación el excesivo aflujo de palabras inglesas en el léxico italiano. A menudo se trata simplemente de modas que van y vienen. Yo no soy purista y, aun defendiendo mi lengua materna, que es el italiano, no llego al extremo de desear la eliminación, pongamos por caso, de *day hospital, blog, call center, jet lag*, o de *low cost* en favor de *basso costo*, o de *last minute* en favor de *ultimo minuto*. No tengo nada que oponer a *spending review* pese a que me gustaría más *verifica della spesa pubblica*. Nada que objetar al hecho de que, el que lo desee, use *default*, pese a que dispongamos en italiano de *insolvenza, fallimento, bancarotta*. No tengo nada contra un verbo calcado del inglés como es *testare*. Es perfectamente válido. Lo que me disgusta es que *testare* nos empobrezca, puesto que está sustituyendo y desplazando, hacia las zonas más nebulosas de la mente, sinónimos como *provare, saggiare, sperimentare, analizzare, collaudare*. Está bien el anglicismo *scenario*, y menos bien que nos elimine *scena, panorama, quadro, ipotesi, progetto, situazione*, etc.; compruebo que *opzione* ya casi ha eliminado *scelta, decisione*, etc.; *evento*, anglicismo, ha

expulsado a *manifestazione, avvenimento*, y el mismo *okay* ha bloqueado una amplia serie de formas como *sta bene, bene, va bene, d'accordo, intesi, giusto; gossip* terminará por marginar *maldicenza, chiacchiera, chiacchiera malevola, indiscrezione, pettegolezzo, diceria*. Posibilidades y riquezas de la lengua materna, esfumadas. Lamentamos que el mar de nuestras ricas lenguas tenga que pasar a través de un embudo reduciéndose cada vez más a un delgado y seco regato.

El inglés, pues, lengua imperial, lengua “canibal”, como la ha denominado el poeta galés Jon Gower. Y no solo en la actualidad, naturalmente. El escritor y periodista italiano Diego Marani (en un artículo de «Il Sole 24 ore», 28 de julio de 2013), nos ha llevado a la Australia de cuando Arabanoo, capturado por los colonos ingleses en diciembre de 1788, aún «non sapeva che sarebbe diventato il primo interprete aborigeno, il primo del suo continente a imparare l'inglese e a diffondere così fra i suoi un contagio che avrebbe distrutto più della metà delle 250 lingue allora parlate in Australia». Desde ese momento han empezado a perderse las palabras: esos aborígenes — continúa diciendo Marani — ya no han vuelto a poder describir «il tipico rumore che fa la corteccia degli alberi quando si stacca dal tronco sotto le raffiche del vento», ruido que se dice *walu* en lengua *ngiyambaa*, y «che significa anche malinconia, nostalgia di casa». Seguirá existiendo la melancolía del viento que desnuda un árbol, pero ya no existirá la palabra para designarla. Pérdida de palabras y pérdida de una cultura.

Pero es un tema inmenso este de “las palabras perdidas”, asunto también melancólico. Volvamos pues a las formas en las que se ejerce ese “canibalismo”. Por lo que se refiere al italiano, el inglés hoy lo contamina de forma tan intensa que a veces, por incompetencia de los hablantes, las consecuencias rozan el ridículo. Quienes se dedican profesionalmente a la enseñanza pueden divertirse amargamente enumerando una gran cantidad de ejemplos que les ha tocado escuchar, desde *Aut-aut*, título de la obra de Kirkegaard, que al dictado ha sido transcrito como *out-out*, hasta otro que ha leído como /spesaimen/ el no reconocido término latino *specimen*; en cualquier momento me espero escuchar que alguien diga /Kent/ por Kant, o /Praust/ por Proust. En un examen de literatura alemana un estupefacto profesor ha debido escuchar la referencia a un tal /Tomas Men/, y se cuenta también que el término *abside* de iglesia ha sido leído como /absaid/. Y dejando a un lado los errores inconscientes podemos pasar al sector de las intenciones anglófilas, desde los miles de carteles en inglés que invaden nuestras calles hasta los periódicos que exhiben titulares en los que todas las palabras «plenas» son inglesas. Hace años señalé el cartel *ticketteria* en lo que era la *biglietteria* de una de las maravillas del mundo, la Galleria Borghese de Roma. Esto es ya exagerar, llegar a extremos desagradables de moda ridícula.

Dicho esto, mis quejas al respecto no pretenden reabrir las consabidas censuras puristas sobre el italiano contaminado, que tienen poco sentido porque en general las lenguas toman en préstamo elementos de otras y no se contaminan ni deterioran, sino que se enriquecen. La realidad nos demuestra que cuanto más nos mezclamos más nos enriquecemos. Cuanto más se acoge y se adoptan elementos ajenos, mejor se evita el asilamiento y el empobrecimiento. ¿No radica la fuerza del inglés en haber incorporado en los últimos siglos gran cantidad de latinismos, grecismos, galicismos y exotismos de todas partes del globo?

En cuantos a los casos de anglofilia extrema que antes indicaba, me temo que

sean una singularidad italiana, y que formen parte de su característico y teatral “hedonismo lingüístico” de vieja data. En italiano se aceptan expresiones inglesas inútiles con un fervoroso esnobismo. Hay poco sentido de defensa. No se buscan, como sí hacen los francófonos o hispanófonos, los equivalentes en la lengua propia, ni siquiera cuando podría hacerse sin dificultad. Los hispanófonos prefieren *redes sociales* a *social networks*, *palomitas de maíz* a *pop corn*, *vaquero* a *cow boy*, *vaqueros* o *tejanos* a *jeans*; se prefiere *reparto* a *cast*, *tragamonedas* o *tragaperras* a *slot machine*, *ratón* a *mouse* (y no seré yo quien prefiera para el italiano *topo*, que ahora ya resultaría ridículo), y se selecciona *nombre de usuario* y no *user name*, *enlace* y no *link*, *primera dama* en vez de *first lady*, *detector de metales* en lugar de *metal detector*, *patrocinador* y no *sponsor*, y así sucesivamente. En España, por ejemplo, obsérvese la historia de la adaptación del ing. *penalty*: aparte del nulo éxito en España de la variante *penal*, en algún texto escrito se empezó usando el plural *penalties*, para posteriormente prevalecer la ortografía española con la adopción generalizada de *penalti* con *-i* final, pl. *penaltis* (Lázaro Carreter 1997: 380-381). En español se evita en mucha mayor medida que en italiano el uso de anglicismos: no se dice *summit* sino *cumbre* (mientras en Italia se oscila entre *summit* y *vertice*), se dice *contenedor* y no *container*, *ordenador* (en España) y *computadora* (sobre todo en Hispanoamérica) en lugar de *computer*. El español o bien elige una palabra autóctona o bien asimila el anglicismo al sistema de la lengua, escribiéndolo como se pronuncia: *líder* y no como en Italia *leader* (en esp., pl. *líderes*; y ahora el verbo *liderar*: «Compromis, que *lidera* Mónica Oltra» para las elecciones generales de diciembre de 2015), *mítin* y no (sing. y pl.) *meeting* (en esp., pl. *mítines*). Más que verla, los hispanohablantes escuchan la palabra extranjera y la plasman en su lengua. El español que se defiende con fuerza, no lo hace para momificar la lengua, sino por una fuerte conciencia de una identidad nacional y cultural. Lo mismo ocurre con el francés, del que bien sabemos hasta qué punto se ha defendido con una política lingüística a menudo eficaz. Larga sería la lista de las sustituciones que el francés ha llevado a cabo. Muchas revistas francesas en el pasado siglo han publicado listas de términos proscritos: largos elencos de anglicismos evitables, para los que se sugerían sinónimos franceses. Ocurrió también en Italia en el Ventenio fascista, y el asunto se veía agravado por una actitud xenófoba: entre los años treinta y cuarenta del siglo XX, en los años de la autarquía fascista, se llegó incluso a imponer tasas sobre los letreros en lengua extranjera y se buscaron sucedáneos nacionales para términos como *bar*, por ejemplo (con propuestas del tipo *bettolino*, *barra*, *barro*, *quisibeve*, *taverna potoria*, *mescita*, *liquoreria*), pero *bar*, sin embargo, se salvó, gracias no solo a su intraducibilidad, sino a que *bar* circulaba desde hacía más de medio siglo por Francia y Alemania. Es la época en la que se propone *giazzo* en lugar de *jazz*, *lineotípica* en vez de *linotype*, y hasta se sugiere traducir el ing. *bridge* (el juego) con *ponte*. Pero las propuestas de sustitución se quedaron casi siempre en nada. Incluso en Francia buena parte de las actuales propuestas no llegaron a puerto. Inútilmente la Academie Française ha propuesto sustituir *doping* con *dopage* y, pese a su acierto formal, no ha tenido éxito la sugerencia de usar *pret-à-manger* — basado sobre *pret-à-porter* — como sustituto de *fast food* (para el que los franceses a menudo prefieren *restauration rapide*). Se consideró deseable *commendataire* y no *sponsor*, *caisson* y no *container*, pero ha terminado prevaleciendo la forma

inglesa. En la lengua cotidiana se usa habitualmente *stresser* (angustiar), *break* (pausa), *zapper* (cambiar de canal). De todas maneras, y respecto a otros países de Europa, en general Francia se defiende bien. Se ha adoptado *cadreur* y no *cameraman*, *moniteur* y no *monitor*. Al lado de *software* se usa también *logiciel* o *programmérie*. Al anglicismo italiano *cartone animato* los franceses prefieren, como los españoles, el *dibujo* animado (*dessin animé*). En italiano se usa *emergenza* y se ha acuñado la expresión *corsia di emergenza* y no *di sicurezza*; en francés el freno de emergencia es el *frein de secours* y las medidas de emergencia son *mesures d'urgence*. Ello es válido, como en español, para las siglas: por ejemplo en lugar de NATO y AIDS, como se dice en italiano, ambos han adoptado OTAN y SIDA.

Como quiera que sea, y aparte de estas mayores o menos cesiones, obsérvese (Görlach 2005) que en todas partes, en cualquier lengua de Europa, están plenamente naturalizados *blog*, *check point*, *city car*, *cordless*, *day hospital*, *e-mail*, *gay*, *governance*, *low cost*, *mobbing*, *no global*, *no profit*, *staff*, *break*, *aquagym*, *piercing*, *ticket*, *trolley*, *web*, *flop*, *intelligence*, etc. Incluso en español no se prescinde de *jet lag*, *attachement*, *call center*, *chat*, *spam*, *last minute*.

De esta mucha — más bien excesiva — fortuna son los propios ingleses los primeros que se lamentan. Tienen sus propios problemas, y tendrán cada vez más. El inglés, al tiempo que se expande, se va diferenciando. Sus hablantes no nativos han cambiado o están cambiando el inglés. Ya reconocemos como lenguas casi diferentes el *pisin* (el *pidgin english* de Nueva Guinea), el *Black English*, la lengua vernácula afroamericana de los negros de las principales ciudades de Estados Unidos (Antonelli 2005); y luego las lenguas criollas y caribeñas, el *krio*, que es el criollo de Sierra Leona, África occidental, el *Scots*, el dialecto escocés; y pensemos en el americano en relación con la lengua originaria, o en el inglés de la India. Quizás en Asia se formará un super pidgin anglochino (la guerra de Corea ya dio origen a un pidgin de base americana denominado *bamboo english*). El inglés como lengua dominante se está pluralizando en una infinidad de situaciones, y de un lenguaje único se están formando muchos, con diferencias en la pronunciación, la ortografía o la entonación, según las áreas. El inglés de América tiene muchas diferencias, que no voy a enumerar, en el ámbito léxico con respecto al inglés de Gran Bretaña (Beccaria 2006: 194-197). Los ingleses refinados no están en absoluto satisfechos con la difusión de su lengua en todo el mundo. Les cuesta aceptar el deterioro de la pronunciación. La difusión comporta un alejamiento del centro, es decir, de una pureza y una identidad, por lo cual el inglés de Australia o el de Nueva Zelanda se alejan cada vez más de la lengua madre. Nada se puede hacer contra este fenómeno natural. El proceso de “dialectalización” no es exclusivo de las lenguas humanas. Observa Robin Dunbar que también «le cornacchie dell'Europa orientale hanno un richiamo sensibilmente diverso da quelle dell'Europa occidentale» ([1996]1998: 196). Pese a que emiten los mismos sonidos, entre ellas ya no se entienden.

Pero dejo ya los problemas y riesgos del inglés para centrar mi intervención en el análisis de una nueva y más grave amenaza. Me refiero a la tendencia actual a promover cursos universitarios (y no solo universitarios) impartidos en lengua inglesa. En el marco de internacionalización de las universidades en Europa este hecho es una práctica difundida. En Italia ha encendido el debate al respecto la

decisión (no unánime, a decir verdad) del Politécnico de Milán de usar el inglés como *lingua esclusiva* (y subrayo este *exclusiva*) de la docencia. Se ha proclamado el inglés como lengua oficial del Politécnico. Fueron muchas las protestas, y en este momento se espera el veredicto del Consejo de Estado, una vez que la primera sentencia de la Sala Tercera del Tribunal Administrativo Regional de Lombardía, hecha pública el 23 de mayo de 2013, haya considerado ilegítimo el uso *exclusivo* del inglés en la enseñanza universitaria y haya declarado nula la decisión del Rector, dado que «il carattere ufficiale della lingua italiana ne determina il primato in ogni settore della vita dello Stato» (cito literalmente la sentencia).

Hay que tener la enseñanza en inglés porque el inglés – dicen –, en un ambiente global, sería el medio para encontrar trabajo, en Europa o fuera de Europa (en realidad los cerebros exportados han encontrado acogida en el extranjero no porque conocieran el inglés, sino por las capacidades que han demostrado. Y, por otra parte, alguien dijo que es mejor un mal inglés y una buena ciencia). Con el inglés, ciertamente, los intercambios resultan más fluidos y se facilita sobre todo la movilidad de estudiantes e investigadores. Por otra parte, los contactos entre científicos y técnicos se producen ya solo en inglés: la ciencia habla (y escribe) en todo el mundo solo en inglés, desde la física a la economía pasando por la genética etc. Galileo llamaba *pendenza* a lo que hoy denominamos *slope*. Los *scavenger* han sido descubiertos por un químico italiano, que los llamó *catturatori* (de energía). Preferiría, personalmente, estos vocablos de mi lengua materna para esos conceptos científicos, pero la realidad es que, al usar *pendenza* e *catturatori*, la comunidad científica internacional ya no los entendería.

Los defensores italianos del inglés en la enseñanza universitaria sostienen que el italiano constituye una “barrera” para el acceso de los estudiantes extranjeros que se matriculan en las universidades de Italia. No necesitan aprender nuestra lengua. Pero a este respecto salta inmediatamente a la vista lo paradójico que resultaría que los estudiantes extranjeros vivieran en Italia como en una “burbuja lingüística”, ajenos a la lengua y a la realidad del país en el que han decidido formarse. ¿Tener en casa estudiantes extranjeros no debería ser un recurso para nuestra cultura y nuestra lengua, un recurso esencial para el futuro? Atraer a estudiantes extranjeros a nuestras universidades no equivale solo a obtener ventajas inmediatas, no significa solo presentar como más rica y bien engrasada la “empresa” universitaria, sino que comporta formar para el día de mañana a unos profesionales que, de vuelta en su país, seguirán manteniendo lazos profundos con Italia y seguirán siendo embajadores de nuestra cultura y nuestra lengua. Lo que no es poco.

Sobre el tema de la expulsión de la lengua materna de las aulas universitarias para adoptar en su lugar el inglés se ha tratado hace algún tiempo en un volumen publicado en Italia por la editorial Laterza y editado por la Accademia della Crusca con el título de *¿Fuera el italiano de la universidad?* (Maraschio, De Martino 2013). La primera pregunta a la que se intentaba responder en aquellas páginas era en qué inglés se enseñaría. En un inglés maltratado, pobre y modesto, fue la contestación. La mayoría de nuestros profesores universitarios, salvo excepciones, no maneja perfectamente el inglés<sup>3</sup>. Non son muchos los profesores capaces de dar

<sup>3</sup> Muchos solo tienen de él un dominio limitado. Por eso, y por muchas otras razones, me parece inaceptable que en Milán, en el Liceo «Tito Livio», incluso las clases de griego, de latín y de literatura italiana se impartan en inglés: ¡Aristóteles y Séneca se traducen directamente al inglés, al igual que se hace con Dante y Montale!

clase en un rico y articulado inglés. Y transmitir un saber en una lengua no plenamente dominada por el profesor no conduce a una buena adquisición por parte de un alumno que tampoco tenga, por su parte, una óptima competencia en la lengua extranjera. Esa lengua inglesa básica, necesaria y eficaz para la comunicación esquemática típica de los congresos internacionales, es menos adecuada para formar alumnos. El inglés simplificado, expeditivo, que hoy todos más o menos poseemos, ese inglés básico y minimalista nos suena como una lengua distinta de la originaria, sin la articulación, riqueza, colorido y densidad de una verdadera lengua. Desde luego que es necesario aprender el inglés como lengua internacional, como instrumento utilitario. Estamos todos de acuerdo en que, para el progreso de los estudios y sus aplicaciones, hoy resulta indispensable publicar en una lengua universalmente conocida los resultados y novedades de una investigación, de modo que se difundan y puedan ser verificados y aprovechados en todo el mundo. Pero una cosa son los resultados de una investigación, que deben comunicarse a los especialistas de un determinado sector, y otra muy distinta el lenguaje que se debe adoptar para la enseñanza.

La eficacia de la enseñanza universitaria no radica en la simple repetición de un saber ya codificado, ese que ya tenemos plenamente disponible en un manual. La actividad didáctica requiere disponer de libertad también para explotar los recursos metafóricos y activos de una lengua, las posibilidades lingüísticas alimentadas por una lengua usada en todas las circunstancias de la vida. No puede haber una lengua para la vida y otra para la enseñanza. El hombre expresa en la lengua todo su ser: sus raciocinios pero (¿por qué no?) también sus emociones, así como sus dilemas, las sutilezas, los matices. La lengua es opiniones, intenciones, puntos de vista. Las cadenas de asociaciones que se generan hablando o escribiendo en la propia lengua no se activan usando una lengua extranjera. La lengua no es solo vehículo, sino también sustancia del conocimiento. Una lengua no es un puro instrumento de comunicación, un elemento meramente funcional. Una lengua no es un código como cualquier otro sistema convenido de signos, no expresa solo operaciones mentales. Es cierto que si doy clase de matemáticas, mi lenguaje debe ser lo menos metafórico posible. El lenguaje científico no puede dejar transparentar emociones. Debe tender a la recíproca y directa correspondencia entre el signo y el referente, en un sistema de signos semejante al de la lógica simbólica. Ahí está la diferencia con el lenguaje común y también con el lenguaje de la enseñanza, que debe conservar su evidente función expresiva: no puedo limitarlo a la pura comunicación, no puedo reducirlo solo a formular y argumentar lógicamente un discurso sin preocuparme de tender también a ejercer una influencia sobre la actitud de quien me escucha, a aspirar a cambiarlo, persuadirlo, seducirlo, emocionarlo. En el nivel comunicativo, didáctico, una lengua carente de “humores” comunica menos. Una didáctica bien planteada y eficaz no puede sino valerse del idioma que tenemos *totalmente* a disposición como lengua estratificada, provista de armónicas alusiones cultas, pero también “populares”, como lengua rica en variantes, registros, evocaciones múltiples: y esta es la lengua materna, que tiene raíces y se ramifica en continuos enlaces y reenvíos. Si no fuese así podríamos tranquilamente valernos en el aula de teleconferencias, adoptando un cómodo modelo de enseñanza telemática que a través del éter transmitiera en inglés clases simples y esquemáticas. Que en un futuro cercano ya no se den las clases en la



lengua materna constituye un grave error. Como se ha puesto de manifiesto en el Congreso del Efnil (*European Federation on National Institutions for Language*), celebrado a finales de septiembre de 2014 en Florencia, en la Accademia della Crusca, en muchos países europeos el uso del inglés en la enseñanza está regulado por leyes estatales y no puede prevalecer discrecionalmente sobre la lengua nacional (en los países bálticos se han fijado incluso porcentajes de uso que no se pueden rebasar). Tampoco nosotros en Italia podemos permitirnos entregar el italiano, y ni siquiera el italiano de la ciencia y de la técnica, a una lengua distinta. La elección del inglés como lengua *exclusiva* es el primer paso para acelerar el fin de la lengua nativa como lengua de cultura. Las decisiones de algunas universidades italianas a este respecto no ofrecen en absoluto una *oportunidad* de elección del inglés, sino una total *sustitución* de la lengua italiana por la inglesa, contraviniendo al mismo tiempo, como han observado algunos juristas, la libertad de elección de los estudiantes y contribuyendo a la pérdida de calidad de la enseñanza.

Hemos creado una Europa multinacional y plurilingüe. ¿Vamos ahora a disolverla? Por lo que se refiere al italiano, su posición en las instituciones comunitarias ha estado abandonada a sí misma durante mucho tiempo. Ha habido un notable desinterés al respecto. Pensemos simplemente, para limitar nuestro análisis a casos concretos, en el servicio de traducción: mientras España, Alemania, Gran Bretaña y Francia han optado por el servicio completo, Italia ha elegido el reducido. Italia se vale de un intérprete solo en las citas más relevantes desde el punto de vista político. Basta ver el texto de los anuncios de oposiciones y concursos en el boletín oficial: son tres las lenguas usadas, el inglés, el francés y el alemán, lo cual constituye una discriminación por razón de lengua. Recientemente he sabido que el Tribunal de Justicia de la Unión Europea ha decretado por fin que dichos anuncios deben ser publicados en todas las lenguas nacionales de los 28 países comunitarios. Para que las instituciones europeas puedan seleccionar a los mejores es también preferible que los candidatos tengan la posibilidad de realizar las pruebas de los concursos en su lengua materna o en la que mejor dominen, y no en una de las tres “oficiales”.

La Unión Europea nació, como he dicho, plurilingüe. La importante movilidad estudiantil, que contribuye grandemente a la integración europea, ha permitido en estos años profundizar en las diferencias culturales y lingüísticas, conocer mejor el español, el italiano, el francés o el alemán, ha exaltado el multiculturalismo, la pluralidad de conocimientos que vienen de la mano del plurilingüismo. ¿Deberíamos resignarnos ahora a una monocultura? Europa no es el mundo, pero es aquí donde preferentemente vivimos y actuamos. No podemos resignarnos al monolingüismo de la misma manera que nunca nos hemos resignado a una monocultura.

Y concluyo, tocando un aspecto a mi entender más grave que los anteriores por lo que se refiere a la elección del inglés para la didáctica, y menos citado en los debates actuales. Se trata de un aspecto no solo lingüístico-cognitivo, sino también sociocultural. No quisiéramos que a los ingenieros, arquitectos y médicos del futuro les faltasen las palabras; es decir, que ya no pudiesen encontrar los justos modelos discursivos, los estilos argumentativos apropiados para hablar en su lengua materna de sus respectivas disciplinas (Villa 2013). En el libro editado por

la Accademia della Crusca al que antes me he referido, el lingüista Vittorio Coletti observaba sabiamente que «se una nazione smette di pensare alcune parti essenziali del sapere nella propria lingua, impoverisce la propria cultura e probabilmente anche la propria capacità di contribuire, come comunità se non (anche) como singoli, a quel sapere» (Coletti 2013: 3). Y otro historiador de la lengua, Claudio Marazzini, ponía de relieve que las profesiones no tienen solamente una dimensión *globale*, sino también *sociale*: «per i medici esistono i malati, i veterinari operano nel mondo contadino-pastorale, gli ingegneri non impiantano cantieri solo nei Paesi anglofoni, ma anche nella parte francofona dell'Europa e dell'Africa, o nel Sud America ispanofono». Un médico indio «che arrivi in Italia e non sappia comunicare bene con il paziente non è un medico socialmente utile, anche se bravissimo e anglicissimo. Al massimo lo posso chiudere in un laboratorio» (Marazzini 2013: 17). Puede estar en un centro de investigación pero no entre la gente. La mayoría de los graduados en facultades científicas y tecnológicas ejercerá su profesión en su propio país, deberá por tanto servirse de la lengua nacional como instrumento cotidiano de trabajo y tiene que ser puesta en condiciones de moverse con soltura en el ámbito lingüístico de su sector.

No quisiéramos, pues, que le faltasen el día de mañana a un italiano o a un español de media cultura las palabras para hablar de técnicas, ciencias o disciplinas socialmente útiles. Hablando y pensando en clase principalmente en inglés, en el curso de pocas décadas la lengua materna se encontrará mutilada e incapaz de transmitir una importante parte del saber. Estoy hablando, naturalmente, de la comunicación *general* y no de la de las *élites*. Si elegimos una lengua distinta de la materna como lengua de la enseñanza de las tecnociencias, asistiremos a nuestro rápido declinar como sociedad culta. Nuestras lenguas, gravemente mutiladas, decaerán cada vez más convirtiéndose en formas de expresión familiares, afectivas, dialectales, extraordinariamente adecuadas quizás para escribir poesía, pero inservibles para hablar a los no especialistas de economía, arquitectura o medicina. La lengua ha tenido siempre una función eminentemente social. Es fundamental, gracias a ella, el intercambio saber-sociedad. En todos los países, junto al universo de la enseñanza avanzada, existe una comunidad lingüística que debe seguir teniendo una importante y decisiva cohesión sociocultural que no puede ser quebrantada. Para una *comunicación difusa*, para la *circulación* del conocimiento, para una acción de *crecimiento colectivo*, la lengua materna tiene una capacidad de penetración superior a la de una lengua extranjera, por mucho que esta se use en todas partes. ¿Acaso no debe poder todo el mundo disfrutar de los derechos de la ciencia y de la técnica? No solo los estudiantes excelentes, sino también las personas de cultura media o los jóvenes que estudian para instruirse. Y lo digo sin pretender retomar el rancio discurso comunista sobre los derechos de las masas a costa de las individualidades excelentes. Yo estoy por la meritocracia. Es un deber sagrado el dar una dimensión mundial a la instrucción avanzada. Pero el crecimiento y la cohesión sociocultural de una comunidad preceden en orden de importancia a la instrucción avanzada. Nuestro mundo no está constituido solamente por super competentes y beneméritos estudiantes de centros docentes con mención de excelencia, a los que tanto admiramos y a quienes deseamos, para ellos y para nosotros, el mayor de los éxitos. Pero deseamos también que la universidad no se limite a generar solamente positivas actividades de técnicos

super especializados o a valorar puntuales picos de excelencia técnica. Y tampoco la enseñanza puede limitarse a transmitir simplemente el estado de las técnicas, a informar solo sobre lo que resulta útil para encontrar un trabajo, no puede reducirse a un puro entrenamiento práctico, a un *training*. La enseñanza universitaria es también algo más. La universidad, por lo general, debería volver a ser ese indispensable *campo de energía*, ese generador de potencialidades, ese extraordinario campo de entrenamiento para el ingenio y para las pasiones; ser el lugar donde cuenta más *buscar* que *encontrar* lo ya confeccionado. Necesitamos volver a fundarnos y regresar por medio de la enseñanza a la educación de la persona y del ciudadano (incluidos los ciudadanos menos afortunados). Uno de los términos más desgastados hoy en día es el de *crecimiento*.

Pero *crecimiento* non es solo, a mi entender, crecimiento del PIB, sino la meta cultural donde todo el mundo, o la mayoría, pueda disfrutar de los derechos de la ciencia y de la técnica, y ello no solo los estudiantes excelentes, sino también las personas medianamente cultas. Separar cada vez más el contenido del saber con respecto a la lengua materna significa excluir de la cultura a quienes se expresan solamente en esta lengua. Si apostamos por una sola lengua como lengua única de la ciencia asistiremos a un rápido declinar de los saberes difusos. La ciencia es un bien de todos. Si se deja de pensarla en la propia lengua, la comunidad en su conjunto se verá empobrecida. Una comunidad debe poder disfrutar del derecho de alcanzar y comprender las técnicas y las ciencias a través de la realidad lingüística viva que posee y que utiliza. Si le faltan las palabras y le cuesta encontrar los modelos discursivos adecuados para hablar de ciencia, porque se ha acostumbrado a no usar en ese ámbito su lengua materna, ya no encontrará conexiones con su propio patrimonio cultural y sufrirá para insertar cada nueva palabra en la red de conocimientos lingüísticos que ya posee. Sin la “vitalidad” extraída del lenguaje de la vida, el lenguaje de las ciencias comunicará dentro de un círculo cada vez más reducido. Y eso no es lo que queremos.

## Referencias bibliográficas

- Maraschio, Nicoletta; De Martino, Domenico (eds) (2013): *Fuori l'italiano dall'università? Inglese, internazionalizzazione, politica linguistica*, Roma – Bari, Laterza.
- Antonelli, Sara (2005): «Il Black English», in S. Antonelli, A. Scacchi e A. Scannavini, *La babele americana*, Roma, Donzelli, pp. 135-199.
- Beccaria, Gian Luigi (2006): *Per difesa e per amore. La lingua italiana oggi*, Milano, Garzanti.
- Coletti, Vittorio (2013): «Se la comunità non capisce la lezione», in Nicoletta Maraschio e Domenico De Martino (eds.), *Fuori l'italiano dall'università? Inglese, internazionalizzazione, politica linguistica*, Roma-Bari, Laterza, pp. 2-4.
- Dunbar, Robin (1998 [1996]):, *Dalla nascita del linguaggio alla babele delle lingue*, Milano, Longanesi.
- Görlach, Manfred (2005): *A Dictionary of European Anglicism*, Oxford, Oxford University Press.
- Lázaro Carreter, Fernando (1997): *El dardo en la palabra*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- Marazzini, Claudio (2013): «L'ingegno taglia secondo il panno». I rischi della corsa

all'inglese», in Nicoletta Maraschio e Domenico De Martino (eds.), *Fuori l'italiano dall'università? Inglese, internazionalizzazione, politica linguistica*, Roma-Bari, Laterza, pp. 16-18.

Nencioni, Giovanni (2000): «La “deriva della lingua italiana”», in *Saggi e memorie*, Pisa, Scuola Normale Superiore, pp. 319-325.

Villa, Maria Luisa (2013): *L'inglese non basta: una lingua per la società*, Milano, Bruno Mondadori.